

El placer de servir

Gabriela Mistral

*Toda la naturaleza es un anhelo de servicio.
Sirve la nube, sirve el viento, sirve el surco.
Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú;
donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú;
donde haya un esfuerzo que todos esquivan, acéptalo tú.*

*Sé el que apartó la piedra del camino,
el odio entre los corazones
y las dificultades del problema.*

*Hay la alegría de ser sano y la de ser justo;
pero hay, sobre todo, la hermosa,
la tan inmensa alegría de servir.*

*¡Qué triste sería el mundo si todo en él estuviera hecho,
si no hubiera un rosal que plantar,
una empresa que emprender!*

*Que no te llamen solamente los trabajos fáciles.
¡Es tan bello hacer lo que otros esquivan!*

*Pero no caigas en el error de que sólo se hace mérito
con los grandes trabajos;
hay pequeños servicios que son buenos servicios:
adornar una mesa, ordenar unos libros, peinar una niña.*

*Aqué! es el que critica, éste es el que destruye,
tú sé el que sirve. El servir no es faena sólo de seres inferiores.
Dios, que da el fruto y la luz, sirve.
Pudiera llamársele así: «El que sirve».*

**Y tiene sus ojos fijos en nuestras manos
y nos pregunta cada día:**

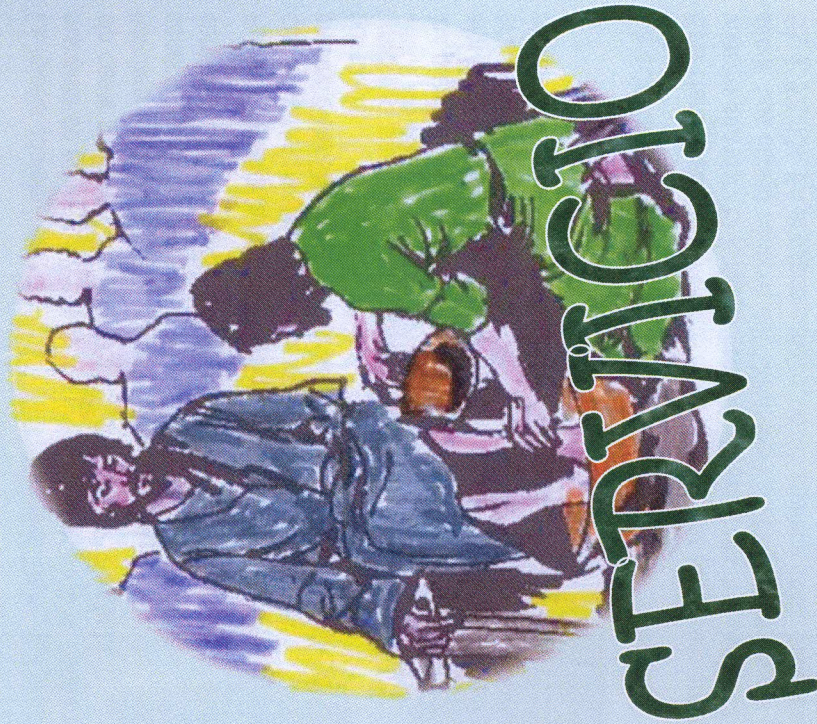
«¿Serviste hoy? ¿A quién?

¿Al árbol, a tu amigo, o tu madre?»



Dominicas de la Anunciata Delegación PJV

RETIRO VOCACIONAL



SERVICIO

MARZO



LA VIDA CONSAGRADA AL SERVICIO DE LA SALVACIÓN

Tomado del Card. Eduardo F. Pironio +

La Iglesia contemplativa es la Iglesia del servicio. Tiene que vivir en una actitud permanentemente de entrega a los hombres. Abierta siempre a la Palabra de Dios y mirando sin cesar al mundo. El servicio sólo tiene sentido desde la hondura de la contemplación. Más aún, la forma mejor de servir a nuestros hermanos es ser fieles a la dimensión contemplativa de nuestra vida consagrada.

Pablo VI llamó a la Iglesia *servidora de la humanidad*. Y es que la Iglesia prolonga y perpetúa el misterio de Cristo, que no vino a ser servido sino a servir y a dar la vida en rescate por todos.

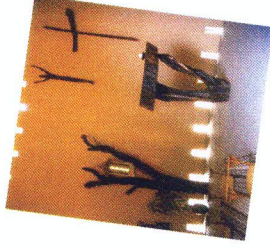
Jesús los llamó y les dijo: "Sabéis que los jefes de las naciones las tiranizan, y que los grandes las oprimen con su poderío. Entre vosotros no debe ser así, sino que si alguno de vosotros quiere ser grande, que sea vuestro servidor; y el primero, que sea el servidor de todos; de la misma manera que el hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida por la liberación de todos" (Mt 20, 25-28).

La actitud servidora de Jesús

Está clara la actitud de Cristo: *El que quiera ser el primero entre vosotros, que sea vuestro servidor*. El Antiguo Testamento ya anuncia a Jesús como el que viene a servir. Los cuatro cánticos del Siervo de Yahvéh lo demuestran (cf Is 42, 14; 49, 1; 50, 4; 52, 13). En el cuarto cántico, Jesús aparece como el desecho de los hombres. Ellos pasan, le ven y vuelven el rostro, porque no tiene figura humana y, sin embargo, cargó sobre sí todos nuestros pecados y en sus heridas fuimos curados.

En el misterio de Jesús, lo interesante para poder comprender cómo tenemos que servir a los demás es ver que Jesús es *el servidor* y, por consiguiente, que la totalidad de su vida y su misión es un servicio.

Cristo no vino simplemente a realizar gestos de servicio, sino a ser el que sirve y da la vida por sus amigos. Jesús no era el servidor únicamente cuando se acercaba a los hombres y realizaba con ellos el milagro de curarles una enfermedad, multiplicar los panes o resucitar a los muertos. Cristo era también el hombre que servía cuando



Dios, con los ojos muy atentos a la realidad de la historia, pero para descubrir en ella, sobre todo, la realidad de lo absoluto de Dios. Para escuchar con un oído el clamor de los hombres y con el otro, al mismo tiempo, la Palabra salvadora del Señor, que tiene que estar dicha para la salvación de nuestros hermanos.

¿Qué se necesita para orar?

Entrar en comunión profunda y gozosa con la voluntad adorable del Padre. Ponerse en silencio para descubrir cuál es la voluntad del Padre y, al mismo tiempo, abrirle el corazón en disponibilidad absoluta para decirle: Sí, Padre, porque ésta ha sido tu voluntad.

ORAMOS

«Gracias, Señor, porque me mandas amar, porque me has elegido por amor y has querido que mi vida sea un misterio de amor. Me has elegido para que fuera testigo del amor.»

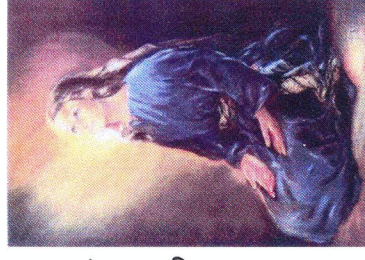
Gracias, Señor, porque me mandas ahora que yo ame; y la consagración a Ti por los consejos evangélicos es la alegría de la entrega por amor.

Desde ti volveré para vivir la misión entre mis hermanos, para sembrar el testimonio del amor.

Tú me mandas, Señor, que yo ame como Tú nos has amado. ¡Es difícil, pero yo quiero amar así!

De todas maneras, Señor, Tú amaste hasta dar la vida. Yo también quiero amar y servir hasta dar la vida, Señor, y me entrego con una simple palabra, la palabra de María:

«yo soy la servidora del Señor. ¡Que se haga en mí según tu Palabra.»



mas para la partida definitiva hacia el Padre, en la muerte, estamos en actitud de servicio. Cuando vamos a un barrio pobre y nos comprometemos con los pobres, con los que sufren, cuando tratamos de aliviarles en sus necesidades y les hacemos sentir que participamos de su angustia, de su sufrimiento y, a veces, de las injusticias que padecen, estamos en actitud de servicio, cumpliendo nuestra misión.

El servicio que tenemos que prestar a nuestros hermanos es como el de Cristo: llevarles a la comunión con Dios, al gozo de la compañía definitiva de Dios. Ofrecerles la salvación integral. Una salvación que abarca el alma y el cuerpo, que empieza en el tiempo y se consumará en la eternidad.

Nos debemos preocupar por llevarles a la fe, por darles el pan, por curar los cuerpos en la medida de lo posible. Hacerles sentir, por lo menos, que estamos a su lado y les acompañamos en su dolor.

Asumir gozosa y totalmente la cruz

Un segundo aspecto es la conexión del servicio de Jesús con la cruz. En la misma expresión *dar la vida en rescate por muchos* se afirma que la cumbre del servicio está en la muerte. Para no caer en la tentación de un eficacismo inmediato en nuestras tareas, tenemos que aprender - en nuestras propias vidas- que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero que si muere, da mucho fruto. Si el Señor me ha mandado una cruz y me tiene inutilizado o medio inutilizado, tengo que decir: ¡gracias, Señor, porque estoy sirviendo!

Empezaba a realizar una tarea magnífica en una barriada muy humilde que necesitaba mi presencia y yo veía, Señor, que tú bendecías con fruto mi tarea; y, en esos momentos, es cuando me mandas una enfermedad, o tengo que irme a otro lugar al que me destinan porque dicen que allí también me necesita la Iglesia. Esa muerte produce mucho fruto. Eso es dar la vida. Dar la vida no es únicamente morir físicamente. Dar la vida es ir muriendo cada día a aquello que quisiéramos hacer cuando el Señor nos muestra que debemos hacer otra cosa. *Dar la vida en rescate por muchos*. A uno le vendrá la tentación de decir: ¡Señor, ahora que empezaron a venir vocaciones! ¿Por qué no me dejas un poquito más, que voy a rendir un poquito más? No. La forma de rendir es morir. Esta idea de servicio está muy conectada con la cruz. ¿Recordáis el episodio de la madre de Juan y de Santiago? Con toda su buena intención le dice a Jesús; *Señor, no te pido mucho. Pon uno a la derecha y otro a la izquierda contigo; El Señor contesta: ¡No sabéis lo que pedís! ¿Sois capaces de beber el cáliz conmigo? ¡Sí, podemos!, contestaron ellos.*

Nosotras, somos capaces de responder lo mismo? Ciertamente lo queremos. Pero ¿estamos dispuestas a morir?

El *fruto* de este servicio es la vida nueva, la vida dada a los demás. Dar la vida por la Palabra para suscitar la fe; preparar a las almas para acoger y vivir la vida divina; disponer a los hombres para vivir el gozo de la comunión definitiva con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu.

Dar la vida para llevarles la vida

Donde, quizá, aparezca bien claro *qué es servir y cómo Jesús sirve* en integridad de servicio es en la última cena. Jesús habla a sus discípulos. Los discursos de la última cena son de una gran densidad de doctrina, de una gran profundidad, de una total comunicación de la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu. Además, en la última cena, Jesús instituye el sacramento de la Eucaristía. Es otra forma de servicio. Jesús les lava los pies. Es un gesto de asombrosa humildad. Un gesto material para acercarnos a nuestros hermanos necesitados y estar a su lado. La Iglesia tiene que convertirse cada vez más en servidora de los hombres. Es el otro polo en el que tiene que estar moviéndose la vida consagrada.

Una vida consagrada es una vida de opción definitiva y radical por el Cristo Pascual; por el Cristo muerto y resucitado. Es una vida radical entregada al servicio de Jesús. Como dirá Pablo: *Yo considero todo lo demás como basura, con tal de ganar a Cristo* (Fil 3, 8), con tal de conocerle. Y conocer a Cristo es participar en su muerte y resurrección. Todo lo demás lo considero secundario. Sentiré el gozo de mi vida consagrada en el total seguimiento de Jesús. Por eso mi oración, mi cruz, mi permanente fidelidad a lo que el Señor me pide.

Al mismo tiempo está el otro polo de mi vida consagrada. Es la capacidad salvadora de servicio a mis hermanos. Los hombres necesitan mi consagración y necesitan que yo la viva con autenticidad. No me perdonarían que yo fuera una religiosa mediocre, que por estar cerca de ellos yo dejara de estar íntimamente insertada en el Cristo que necesitan. Pero tengo que estar muy cerca de ellos, muy abierto a ellos.

La misma consagración, manifestada a través de los votos, tiene siempre esa doble dimensión. Una dimensión de inmolación plena al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. La pobreza, la castidad, la obediencia tienen sentido de inmolación total, de ofrenda radical: Toma, Señor, mi inteligencia, mi voluntad, todo mi ser. Tú me bastas. Tómame toda. Yo soy tuya. Anúlame en la cruz y hazme vivir con tu muerte, para crucificarme bien.

Es el sentido de inmolación de nuestros votos: Señor, me has dado como don mi



libertad, el bien de la naturaleza, el bien del amor. Todo eso, Señor, me lo has dado y yo te lo entrego a ti para que tú me lo devuelvas enriquecido, hecho capacidad de servicio a mis hermanos. La castidad vivida así en una plenitud sencilla, serena y gozosa de amor. La obediencia en una entrega de comunión muy perfecta con la voluntad del Padre para servir también a mis hermanos. La pobreza hecha agilidad general, desprendimiento total de los bienes, para estar más cerca de aquellos que

no tienen nada, de aquellos que sufren, para engendrar en ellos el hambre y la sed del Reino, para hacerles sentir que se hallan muy cerca de él. La vida consagrada tiene que ser inseparablemente vista como ofrenda al Padre y como servicio a los hombres.

Una vida consagrada es consagración fundamental al Señor y misión de encarnación en la historia, en lo temporal. No para superficializarnos, o para que perdamos el sentido de lo absoluto de Dios, sino para sumergirnos en él.

El bien más grande que podemos dar a los hermanos es hacerles sentir el gozo y la paz que vienen de la presencia del Señor, de la salvación que ya les llega. Para hacerles sentir que el reino de Dios está dentro de ellos, que lo tienen que descubrir buscándolo, que es reino de justicia, de amor, de paz. Capacidad de servicio.

Fundamental: la experiencia viva de Dios

Esa capacidad nos da la fe para descubrir el paso del Señor en cada acontecimiento de la historia y en el rostro de cada uno de los hombres. Eso es ser un alma plenamente contemplativa, pero para eso tiene que haber momentos *muy fuertes*, de exclusivo y absoluto silencio, de experiencia de Dios en el desierto. Para tener experiencia de Dios en el contacto con los hermanos, necesitamos un tiempo y una tranquilidad que propicien la experiencia de Dios en la absoluta soledad y silencio de la contemplación.

Todo en nosotras tiene que hacerse oración: el servicio a los hermanos, la enseñanza de la catequesis, las visitas a los enfermos, la comprensión de sus problemas, el alivio de sus enfermedades. Todo eso es oración, pero lo dejará de ser si no tenemos cada día, cada semana, cada año, momentos fuertes, serenos, profundos y prolongados de experiencia en el desierto. Tenemos que dejar que el Espíritu nos lleve a vivir en clima permanente de contemplación, de tal manera que conviviendo con los hermanos, en una plena actividad, estemos en lo profundo muy anclados en

introducía en su corazón la vida de Dios, la vida del Padre. Cuando le decía a un paralítico: *¡Ánimo, hijo! Tus pecados te son perdonados*; cuando a la muchedumbre que le seguía le hablaba del Reino; cuando a la mujer adúltera le perdonó sus pecados. Toda la vida de Jesús era servicio.

Y porque toda la vida de Jesús era servicio, no tiene que escandalizar que, humanamente hablando, haya *perdido* el tiempo en el silencio, en la soledad de la montaña, en contacto con el Padre, en oración.



Nosotras que sentimos la exigencia del servicio, superficialmente muchas veces, y que decimos que no tenemos que perder tiempo ahora en reflexiones, estudios o en la oración porque el mundo espera nuestra presencia, porque tenemos que ir, que asistir, que enseñar, que hablar, que estar junto a los demás que sufren; no olvidemos la gran lección de Jesús, el Servidor. Su silencio fue un servicio; su oración fue un servicio; sus largas vigiliass en la montaña fueron un servicio; los cuarenta días y cuarenta noches en el desierto fueron un servicio. Jesús no sirvió únicamente cuando lavó los pies a los discípulos. *Todo en él*, su infancia, la adolescencia, la edad adulta, la madurez, su vida y su muerte, fueron servicio, porque él era el Servidor.

Su proyección en nosotras

No vayamos, pues, *dividiendo* nuestra vida: ahora, un rato de oración, un tiempo de estudio, un momento de coloquio en la comunidad; y, después, mis tareas de servicio a los hombres que esperan. Todo en nosotras es y debe ser servicio a los demás.

En la Iglesia se dan estos tres elementos: la Palabra, el Sacramento y la Diaconía o servicio a los pobres. Este servicio supone atención a los hermanos, actitudes y gestos fraternos hacia todos los necesitados. Todo eso tiene que ser vivido en unidad de misión.

Cuando estamos asimilando la Palabra de Dios para poder ser después profesores y testigos del amor; cuando estamos en silencio, a la escucha de la Palabra de Dios, estamos realizando esa misión. Cuando estamos educando en la fe; tratando de procurar la conversión, de preparar en la fe a los hermanos, o enseñando en la catequesis, estamos realizando un auténtico servicio.

Si estamos preparando para los sacramentos: para la confirmación, el bautismo, el matrimonio o la penitencia; si estamos disponiendo a los demás para una efusión de gracia muy particular, estamos haciendo un servicio. Si estamos preparando las al-